

MICHAEL HEINRICH

**Crítica de la economía política:
una introducción a
El capital de Marx**

**Traducción de César Sanjuán, Escolar y Mayo, Madrid, 2008, 240 pp.
ISBN 978-84-936111-5-6**

(Kritik der politischen Ökonomie: Eine Einführung, Schmetterling Verlag, Stuttgart, 2007)

Crítica de la Economía Política: una introducción a El Capital de Marx constituye un estudio riguroso, al tiempo que sencillo y pedagógico, de las principales categorías de *El Capital* y, por extensión, de la economía y la política marxistas. Su objetivo es exponer el pensamiento original de Marx, el de su obra de madurez *El Capital*, distinguiéndolo tanto de los diversos marxismos posteriores como del joven Marx de *El Manifiesto Comunista*. Es también una obra oportuna, que aparece en un momento de plena crisis de capitalismo. No nos detendremos a exponer una por una las categorías aquí tratadas, pues éste es por lo demás el sentido de la lectura del libro. Tan sólo diremos que el lector se encontrará en él una exposición de los siguientes términos claves del marxismo: el valor de uso y el valor de cambio, el dinero y sus funciones, los dos momentos del capital, la producción y la circulación, la composición orgánica del capital, el capital constante y el capital variable, el capital fijo y el capital circulante, el trabajo abstracto y el trabajo concreto, la explotación, la plusvalía absoluta y la plusvalía relativa (trabajo cooperativo, división de trabajo y sobre todo desarrollo tecnológico-científico como instrumentos de creación de plusvalía relativa), el fetichismo de la mercancía y el fetichismo del dinero, la tasa media de bene-

ficio, la acumulación, incluida la acumulación inicial, y la concentración del capital, el capital financiero y crediticio, las crisis, las clases y la lucha de clases, el papel del estado en la economía y la democracia burguesa como sistema que mejor se corresponde a los intereses de la clase capitalista de los países ricos, la revolución obrera, el ideal del comunismo, etc. Heinrich muestra por otra parte cómo estas categorías marxistas dan cuenta no sólo del funcionamiento del capitalismo en general, en su modelo ideal, sino también de cada uno de los momentos o fases históricas del mismo durante estos dos siglos. Dicho en otros términos, pese a sus diferencias sustanciales, el liberalismo del XIX, el taylorismo y el fordismo de la segunda mitad del XX y la globalización de nuestros días, no serían más que variantes políticas y económicas de un mismo sistema: el capitalista.

La posición del autor no es neutral, sino claramente marxista, tanto en el plano teórico como en el ético-político. Su marxismo se basa en cuatro pilares básicos. El primero es la concepción del capitalismo como una realidad objetiva, socioeconómica, situada por encima de los individuos, que condiciona por ende la forma de ser y pensar de éstos. El segundo es la asunción del dualismo ontológico marxista de lo abstracto y lo concreto. Para Marx la realidad presenta siempre esta doble naturaleza, distinguible pero no separable, siendo lo abstracto siempre concreto y lo concreto a su vez siempre abstracto. Un buen ejemplo de ello sería la dicotomía trabajo abstracto/trabajo concreto. Constituyen dos fenómenos igualmente reales, diferentes pero al tiempo interrelacionados, de tal forma que su separación sólo es posible en el plano analítico, no en el plano de la realidad. Dicho en otros términos, el trabajo social medio necesario para la elaboración de un bien es tan real como el trabajo concreto del obrero que lo fabrica, y ni el primero se puede dar sin el segundo ni el segundo sin el primero. El tercer pilar es la descripción del capitalismo como un sistema económico basado en la valorización del capital o en la fórmula D-M-D'. Dicho en términos más coloquiales, el capitalismo no tendría como objetivo la producción de bienes que mejoraran las condiciones de vida del conjunto de la sociedad, sino la producción de más dinero por parte de aquéllos que ya lo detentan. El cuarto es la denuncia del capitalismo como un sistema injusto, explotador tanto en el sentido ético como puramente socioeconómico, al tiempo que depredador de la naturaleza.

No es todo positivo en esta obra, ni mucho menos, como pretendemos exponer a continuación. Numerosos son por el contrario sus errores. Se trata de aspectos diferentes, unos económicos, otros políticos, que podrían parecer secundarios o incluso anecdóticos, pero que terminan configurando un cuadro deformado tanto de su marxismo como de su crítica al capitalismo. No son por lo demás aspectos aislados, sino interrelacionados por un mismo vicio común de origen: el desprecio de la dialéctica. La dialéctica marxista se dice de muchas maneras, que no podemos detenernos a exponer aquí de forma pormenorizada, pero cuya negación, en sus diferentes facetas, hace desembocar el análisis, en principio radical de Heinrich, en una versión más de la tradicional crítica pequeño-burguesa al capitalismo: el armonicismo o creencia de que éste, pese a sus altibajos, a la postre es siempre sostenible; la crítica meramente moral, no científica, de la explotación capitalista; el viejo reformismo político socialdemócrata, una vez más resucitado, que espera alcanzar un capitalismo más humano a través de la lucha de clases sindical y sobre todo a través de un Estado que plasme legalmente las reivindicaciones obreras. Vamos a explicar brevemente algunos de estos errores que nos parecen más significativos.



LIBROS



MICHAEL HEINRICH
**Crítica de la economía política:
una introducción a El Capital de
Marx**

I. La tesis según la cual el trabajo abstracto, el trabajo social medio necesario para producir un bien, no se da en el momento de la producción sino sólo en el de la circulación. Ahora bien, en primer lugar este relativismo, que el autor denomina “antinaturalismo”, no se sostiene ante un análisis inmediato de la realidad económica. Pues si el trabajo abstracto no estuviera ya presente en el momento de la producción y en el producto una vez elaborado, ¿con qué criterios se establecería después, en la fase de circulación, el valor del mismo?; ¿sobre qué se basaría, por ejemplo, la diferencia entre el precio de una lavadora, el de un coche o el de una vivienda?; ¿sólo sobre el mercado, sobre la oferta y la demanda? Dicho en términos más teóricos, a la tesis subyace una incomprensión de la dialéctica marxista entre valor y precio: mientras el valor, la realidad primaria, es generado por el trabajo social necesario, el precio surge secundariamente por la intervención sobre dicho valor previo de otros factores, importantes pero secundarios, como la oferta y la demanda o la tasa media de beneficio. En segundo lugar la tesis de Heinrich supone postular el mercado, y no el trabajo de los obreros, como la fuente del valor de un producto, lo cual conlleva en última instancia una grave consecuencia para un pensamiento que se presenta como marxista: la negación de la explotación capitalista. Pues si el valor, y por ende la plusvalía, no son creados *ab initio* por el trabajo del obrero y no se hallan presentes en los bienes elaborados por dicho trabajo, sino que surgen después, en el momento de la circulación, los capitalistas, al quedarse con la plusvalía, no le estarían substrayendo nada a los obreros, sino que en todo caso se estarían aprovechando de una creación espontánea del mercado. De esta manera toda crítica sobre la explotación capitalista se queda en una queja meramente moral sobre la injusta distribución social de los bienes.

II. La afirmación de que “ciertamente Marx no podía imaginarse un sistema monetario capitalista sin mercancía dineraria”. En primer lugar no es cierto que en el capitalismo actual, a diferencia del clásico del XIX, hayan desaparecido los soportes materiales del dinero. Lo que se ha producido en realidad es el aumento inconmensurable de los flujos o movimientos de capital monetario, en cantidades muy superiores al soporte monetario realmente existente. Ahora bien, este capital circulante “ficticio” sigue teniendo como referente la moneda, como evidencian los períodos de crisis, en los que se genera un deseo insaciable de dinero concreto. Por otra parte es precisamente la dialéctica marxista, que

rechaza Heinrich, la que nos ayuda a aclarar estos extremos. Por un lado la dicotomía de lo abstracto y lo concreto permite entender la doble naturaleza del dinero; el dinero es un bien abstracto, el más abstracto de los existentes, pura acumulación de trabajo, que a su vez puede y debe adoptar, para cobrar vida, diferentes formas concretas, desde las más estables a las más volátiles: oro, papel acuñado, pagarés, etc. En segundo lugar la lógica competitiva en torno a los beneficios ha obligado prácticamente siempre a los capitalistas a disponer, a través de un sistema bursátil o crediticio, de más capital del realmente existente en el sistema, y ello tanto para acelerar los ciclos de circulación y producción, como para acrecentar esta última, o bien de forma cuantitativa, aumentando el capital variable o número de trabajadores, o bien de forma cualitativa, con la introducción de nuevas tecnologías. En tercer lugar, la demanda de capital “ficticio”, y la consiguiente importancia que adquieren la banca y la bolsa, son procesos que se acentúan progresivamente en el sistema, dada su dinámica imparabla de internacionalización —lo que constituye uno de los rasgos más visibles de la llamada globalización— y se agudizan asimismo en los períodos de crisis, como el que estamos viviendo actualmente.

III. La consideración de que los servicios son bienes productivos, esto es, de que generan plusvalía al individuo y a la sociedad capitalistas de manera idéntica a los bienes tradicionales de consumo o producción, y la consiguiente indistinción entre el sector III de la economía o de bienes de servicios y sector II o de bienes productivos. Esta tesis supondría, en ejemplos concretos, que las prestaciones de un camarero, de un limpiador, de un médico, de una prostituta, de un profesor, también de un torero o un futbolista, crearían plusvalía social al igual las de los obreros de una fábrica de acero, coches o pan. Ahora bien, no estamos ante una tesis banal, sino ante la base teórica del armonicismo: gracias a la tendencia creciente a la producción de bienes de servicios, que serían al tiempo productivos, el capitalismo compaginaría perfectamente el desarrollo progresivo del sistema, el aumento continuo del beneficio de los empresarios y de la plusvalía por ellos obtenida y el aumento progresivo del bienestar de vida de los trabajadores. Este armonicismo en Heinrich supone a la vez el rechazo de otros fundamentos teóricos básicos tanto de Marx como del marxismo posterior más consecuente: la negación de la ley sobre la caída tendencial de la tasa de beneficio en el capitalismo; la consiguiente incomprensión de las crisis como un fenómeno estructural, abstracto, del capitalismo, al tiempo que creciente, más allá de las diferentes crisis concretas de superproducción, bursátiles, financieras, etc. (Para Heinrich, por el contrario, tales crisis parciales, que él entiende también como inevitables, serían las realidades últimas del fenómeno, de las cuales el sistema por lo demás no sólo se recuperaría sino que incluso saldría reforzado.) La incomprensión del imperialismo, descrito tradicionalmente entre otros por Lenin y Bujarin, como una fase necesaria de la dialéctica capitalista que empuja a éste, para mantenerse, a internacionalizarse y a servirse de la fuerza bruta de los Estados respectivos; la incomprensión de lo que denominamos hoy en día globalización o neoliberalismo como el fruto tanto de una crisis profunda como al tiempo, dialécticamente, de las maniobras, políticas y económicas, conscientes e inconscientes, del capital por superarla; la incomprensión en definitiva de la aguda crisis que acaba de estallar con virulencia en el 2008, que se viene arrastrando desde los años 90 del siglo pasado, y cuyo alcance real todavía nos es desconocido.

IV. Expongamos ahora una versión marxista y dialéctica de estos mismos hechos, más ajustada a nuestro juicio a la realidad. En primer lugar los servicios —sector III de la econo-



LIBROS



MICHAEL HEINRICH
**Crítica de la economía política:
una introducción a El Capital de
Marx**

mía— distribuyen la plusvalía ente los capitalistas, pero no la generan, pues son bienes que simplemente se consumen y desaparecen, de manera que el valor que comportan no se reinvierte en el proceso productivo; sólo generan plusvalía aquellos sectores de la economía cuyos bienes se reincorporan a la cadena productiva, por ser ellos mismos o bien máquinas o medios de producción (el sector I) o bien bienes de consumo para la clase trabajadora que así se reproduce como tal (el sector II). En segundo lugar, las enormes dimensiones adquiridas por el sector III en la fase actual del capitalismo no responden a un desarrollo armónico del mismo, como sostiene Heinrich, sino a su propia dinámica contradictoria, que en última instancia lo conduce a la bancarrota. La competencia entre unos capitalistas y otros por obtener un beneficio superior al medio, que hemos avanzado antes, se traduce en una carrera por el desarrollo científico-tecnológico o mecanización que significa un enorme aumento de la productividad, esto es, el hecho de poder fabricar más bienes con el mismo tiempo de trabajo: si diez años atrás se necesitaban 100 horas de trabajo para producir un coche, supongamos de forma hipotética, ahora se podría fabricar en tan sólo 50. Este aumento de la productividad tiene por un lado efectos positivos para el sistema capitalista: cada vez serán menores los costes de la producción de los bienes del sector II que consume el trabajador para reproducirse como tal, de manera que cada vez será mayor la proporción de trabajo no pagado que se apropie el capitalista en cada producto elaborado. En otros términos, con la productividad se produce un aumento de la plusvalía relativa o tasa de plusvalía.

El aumento de la productividad sin embargo conlleva también consecuencias negativas para el capitalismo en su conjunto: el desequilibrio en la composición orgánica del capital y la consiguiente disminución en la masa de plusvalía. Esto es, en cada producto elaborado será cada vez mayor la parte de capital constante reproducida —la que aportan las máquinas y las materias primas sin elaborar— que la de capital variable aportada por los trabajadores y, dado que la plusvalía sólo se genera por el trabajo no pagado, y puesto que el beneficio sólo surge de la plusvalía, plusvalía y beneficio no pueden por menos que disminuir progresivamente en el capitalismo. Dicho con ejemplos concretos, si ahora se produce el mismo número de coches con el doble menos de tiempo de trabajo que 10 años antes, ello supone que será también mucho menor la ganancia obtenida por el empresario en cada coche fabricado. Esta contradicción entre dos tendencias dife-

rentes en el capitalismo —aumento progresivo de la plusvalía relativa o tasa de plusvalía y descenso progresivo de la masa de plusvalía— podría conducir a una interpretación armónica, a la manera de Heinrich: lo que se pierde por una parte se recupera por la otra. Ahora bien, este autor no tiene en cuenta una diferencia sustancial, subrayada por Marx, entre un proceso y otro: mientras el aumento de la plusvalía relativa tiene un límite objetivo, la duración de la jornada de trabajo a la que se puede someter a un trabajador, que impide un crecimiento indefinido de aquélla, por el contrario el desequilibrio de la composición orgánica del capital carece de límite. Es decir, en el capitalismo el aumento de la cantidad de maquinaria y materias primas que se pueden poner a disposición de un trabajador, por término medio, es ilimitado, de manera que también lo será el descenso de la masa de plusvalía obtenida por el capitalismo en su conjunto. Tal es lo que lleva a Marx a formular su “ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio”, según la cual los beneficios medios del capitalismo descienden progresivamente y de manera inevitable, siendo ello a su vez la causa última y profunda de las crisis capitalistas, más allá de sus manifestaciones específicas.

La clase capitalista en su conjunto ha contrarrestado históricamente, dialécticamente, esa tendencia a la caída de la tasa de beneficio y las consiguientes crisis que genera. Por una parte se ha servido de varios mecanismos consistentes en compensar la pérdida de plusvalía obtenida en cada producto fabricado con el aumento progresivo del número de los mismos. Consecuencia de ello serían los procesos de concentración y centralización del capital, del aumento del capital crediticio y financiero —parte de lo que hoy se suele entender bajo el término globalización— de la expansión del capital, más o menos pacífica o violenta, a las colonias y semicolonias —el imperalismo. Por otra parte, cuando las estrategias anteriores dejan de funcionar, se recurre, de forma más o menos consciente, a la medida drástica de la destrucción de capital. La más clara expresión de este último recurso son las guerras, mecanismos de destrucción masiva de capital que a su vez conllevan la revitalización del mismo, como se puede percibir de forma paradigmática en la II Guerra mundial y sus consecuencias de milagro económico. Ahora bien, y con ello volvemos al inicio de ese punto, otra forma de destrucción de capital y por ende de contrarrestar la tendencia a la disminución de la tasa de beneficio es precisamente el desvío de capital al sector III, esto es, a la producción de bienes de servicios —incluido aquí también uno de los bienes de servicio más extendidos en el capitalismo actual: las armas—. La razón de fondo es la siguiente: Dado que los servicios son los únicos bienes que se consumen completamente, que no se reincorporan a la cadena productiva, son también los únicos que no desequilibran la composición orgánica del capital y no disminuyen por ende la tasa de beneficio, sino que antes bien, destruyendo capital, la aumentan.

Las medidas de contrapeso son efectivas, pero no milagrosas; pueden retardar pero no impedir el progresivo descenso de la tasa de beneficios. Así explica el marxismo no sólo la recurrencia de las crisis, sino el hecho de que éstas se muestren también progresivamente más virulentas: 1929, 1973, 2008. Ahora bien, el carácter progresivamente insostenible del capitalismo no debe ser confundido, como hace Heinrich y tradicionalmente el pensamiento socialdemócrata, con la asunción de la tesis del colapso, que precisamente tiene su origen en un reformista: Kautsky. En otros términos, el marxismo no es determinista, precisamente porque es materialista dialéctico. La crisis del capitalismo puede llevar a este sistema al borde del abismo, a través de crisis cada vez más difíciles de resolver, pero eso no implica postular que el capitalismo necesariamente esté destinado a desaparecer, dejando paso también de forma



LIBROS



MICHAEL HEINRICH
**Crítica de la economía política:
una introducción a El Capital de Marx**

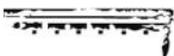
inevitable al socialismo. La dialéctica objeto/sujeto por el contrario sostiene que si no hay sujeto revolucionario, si no hay una preparación consciente y planificada de la revolución, si no hay lucha revolucionaria, la crisis creciente del capitalismo se puede traducir por el contrario en más violencia y destrucción por parte de la clase capitalista; nos remitimos para ello al resurgir de los movimientos de extrema derecha y fascismos en los períodos de crisis. Dicho en otros términos, no hay caída inevitable del capitalismo, pero sí, como postulara Rosa Luxemburg, un dilema inevitable para el mismo: socialismo o barbarie.

V. La negación del carácter privilegiado de la clase obrera para comprender la esencia explotadora del capitalismo, dado el gran potencial mistificador de éste. Con ello el armonicismo, en el plano teórico, conlleva, en el terreno ético-político, como ya hemos avanzado, una nueva versión del reformismo socialdemócrata. Sin duda la clase obrera carece de un privilegio metafísico que le permita acceder a la esencia del capitalismo, pero sí goza de una posición socioeconómica, dialéctica, “privilegiada”, como es su condición de clase explotada, lo cual no le garantiza pero sí le posibilita acceder al desvelamiento teórico del capitalismo y a su derrocamiento práctico. Ahora bien, la mera situación socioeconómica tampoco garantiza una clara conciencia de clase de forma mecánica, metafísica. La misma sólo se puede dar con una confluencia de factores subjetivos y objetivos, y de nuevo retornamos con ello al punto clave de la dialéctica. En otros términos, el proletariado sólo será capaz de comprender la esencia última del capitalismo, y por ende de querer superarlo, si cuenta con un sujeto revolucionario, un partido político, compuesto de hombres que compaginen, dialécticamente, pensamiento y acción, y que funcione a la manera de vanguardia revolucionaria. La negación del papel clave de clase obrera se complementa por lo demás en Heinrich con otra tesis de raigambre ilustrado-kantiana, y que tiene sus orígenes en el mismo Platón: la superación del fetichismo o apariencias capitalistas sólo estaría al alcance de los intelectuales. Estamos con ello ante esa hipóstasis de la razón profundamente pequeño-burguesa, que se contenta con una liberación humana mental, privilegio de un grupo de escogidos intelectuales de cátedra, mientras se relega toda emancipación realmente social a la condición de mera utopía.

VI. La tesis de la revolución proletaria como un hecho casi marginal, y que sólo puede triunfar además sobre un enorme desarrollo previo de la producti-

vidad capitalista; de lo contrario, dice con vistas a la revolución bolchevique, tales revoluciones se convierten en una dictadura de partido. Ciertamente la revolución no pertenece a la esencia de la clase obrera ni de ninguna otra clase, porque, entre otras cosas, no existen ni clases inmutables ni esencias eternas. Antes bien, como ya afirmara Trotsky, la clase obrera tiene una tendencia reformista lógica, dado que aspira a superar su situación de clase explotada de la forma menos costosa posible, esto es, a través del legalismo. La revolución constituye por tanto no una necesidad, sino una posibilidad de la clase obrera, que sólo se activa y triunfa si se da, dialécticamente, una difícil confluencia de factores diversos, objetivos y subjetivos: una situación de crisis del sistema; la debilidad momentánea de las clases políticas dirigentes del capitalismo; la presencia de una clase obrera organizada política y sindicalmente; la existencia de una vanguardia proletaria revolucionaria, con claridad teórica y organizativa; la existencia de obreros revolucionarios con capacidad clara de liderazgo; la elección acertada del momento oportuno para el estallido revolucionario. Por otra parte es cierto que la revolución, para poder triunfar, necesita un desarrollo económico capitalista previo. Ahora bien, ello no ha de entenderse de nuevo de forma metafísica —la necesidad de llegar al máximo de desarrollo capitalista, y la necesidad de que ello ocurra en cada país concreto antes de iniciar su propia revolución— sino antes bien en sentido dialéctico: como una serie de factores económicos y políticos interrelacionados, y ello en el marco de un capitalismo global, no nacional, cuya confluencia, en mayor o menor grado o con mayor preponderancia de unos u otros factores según los casos, es necesaria para que triunfe una revolución. Así la debilidad de la URSS y su degeneración estalinista —no una simple dictadura de partido, como sostiene Heinrich, sino de una nueva clase media burocrática— se debió a causas inmediatas no tanto económicas como políticas. En otros términos, la revolución fracasó básicamente no debido a un insuficiente desarrollo económico nacional, ruso, que lo había, sino a la ausencia de internacionalización revolucionaria, esto es, a que su revolución no tuviera continuidad, tal como pretendían Lenin y los bolcheviques, en la revolución del país entonces más desarrollado: Alemania. Más que la débil economía rusa, falló entonces la débil política de la vanguardia obrera alemana, lo cual se tradujo a su vez en un bloqueo militar y económico de la URSS y en una respuesta dictatorial de la nueva clase burocrática que se forjó a raíz de ello.

VII. Una división tajante, esencialista y antidialéctica, entre economía y política, entre los capitalistas explotadores y un Estado neutral que trataría a todos los ciudadanos por igual; tal neutralidad habría permitido por lo demás a la clase obrera, a través de la lucha de clases sindical plasmada en legislación, mejorar sus condiciones de vida. Ciertamente el capitalismo tiende a separar diferentes funciones o esferas, entre ellas las del Estado, cuya autonomía no es aparente sino real. Con ello el Estado no sólo cumple un papel legitimador, sino también económico, pues permite al capital desarrollar libremente su lógica económica explotadora. Ahora bien, autonomía de esferas no significa esferas independientes. El Estado, en el marco de su autonomía, siempre ha estado al servicio del poder económico, y ello no sólo de forma pasiva o no intervencionista, sino también de forma activa, poniendo sus diversas formas de fuerza física al servicio de la burguesía, y para la contención de la lucha de clases: legislación, poder judicial, policía, ejército, etc. Pero es sobre todo en la fase imperialista del capitalismo cuando la intervención directa del Estado, política y económica, se hace imprescindible para la clase capitalista: ésta, en el marco de una competencia cada vez mayor, no puede funcionar sin la intervención continua de su Estado, política y econó-



LIBROS



AUTOR DEL LIBRO
**Crítica de la economía política:
una introducción a El Capital de
Marx**

mica, nacional e internacional; una mirada al mundo más actual de la llamada globalización, a la interacción continua que se da entre Estados y capitales dominantes, permite fácilmente corroborarlo.

La obra de Heinrich constituye la forma más radical que puede asumir la izquierda o el marxismo reformista. En primer lugar describe y denuncia el capitalismo como un sistema explotador y destructivo, pero lo considera en última instancia sostenible, tanto objetivamente, dado que sus inevitables crisis son superables, como subjetivamente, ya que una revolución obrera sería una posibilidad más que remota. Así el ideal de justicia anticapitalista resulta a la postre un sueño hermoso, un imposible utópico con el cual regocijarnos pero al cual en realidad ni podemos ni debemos acercarnos, a fin de no contaminar entre otras cosas su pureza ideal. En segundo lugar el Estado se nos ofrece de nuevo como garante de una cierta justicia social, al poner límite a los excesos capitalistas. En definitiva, toda la furia anticapitalista que nos promete en un principio esta obra termina desembocando en armonicismo y reformismo. La conclusión es que en verdad no hemos avanzado mucho ni en la teoría ni en la praxis. Detrás del radicalismo marxista de Heinrich se encuentran una vez más el dualismo kantiano del preciado e irrealizable deber ser, el reformismo de entreguerras, tipo Berstein y Kautsky, y, en definitiva, el pensamiento del intelectual pequeño-burgués, cuya conciencia del deber ser no le permite dar por bueno el mundo existente, pero cuyos intereses reales le impelen a mantener el *statu quo*, aunque sea, como en este caso, con un análisis *a negativo*, donde la justificación última del capitalismo descansa sobre una aparente condena total del mismo. A Heinrich y su marxismo podríamos aplicarles, sin pecar de excesivamente maliciosos, lo que decía Trotsky sobre Kautsky: para él la revolución era un hecho históricamente necesario y éticamente bueno, eso sí, siempre que se tratara de revoluciones ocurridas en el pasado o previstas para un futuro muy lejano, es decir, siempre que él no se hubiera de ver envuelto personalmente en ellas. Por ello al final de su obra, y después de exponer las múltiples objeciones que lo hacen muy poco probable, Heinrich puede, de forma aséptica que esconde cierto halo melancólico, afirmar lo siguiente sobre el comunismo: “Pero a pesar de estas dificultades, no se ve ningún argumento que explique por qué debería ser imposible en principio una sociedad comunista”.

Venancio Andreu